

Donde solo viven los muy duros

EL RIO GRANDE NO ATENÚA LA SEQUEDAD DE UN TERRITORIO ATROZ, REFUGIO DE TIPOS EXTRAVAGANTES Y DE LAS ESPECIES MÁS RESISTENTES.

Conocí el desolado territorio texano del Big Bend mientras atravesaba Estados Unidos en moto. La región y el Parque Nacional homónimo adoptan su nombre de la curva de noventa grados con que el Rio Grande divide, entre dos países, un desierto donde no crece nada comestible. Ese gran ángulo mide casi cuatrocientos kilómetros. Abandonadas las

mí, la palabra que mejor define Texas es “irreal”, por recordar un escenario donde la gente flota ingravida en una fantasía imposible. Muy cerca, en Marathon, se filmaron escenas de *París-Texas*, la singular película dirigida por Wim Wenders en 1984 y que parecía transcurrir en otro mundo.

Las distancias son enormes en este territorio, y las relaciones sociales, escasas. Cualquier locura parece posible, como evidenció Roy Bean, el mítico “juez de la horca”. Elegido como autoridad judicial en 1882, no dudaba en interrumpir juicios para despachar licor en su cantina. Bean tomó decisiones tan llamativas como multar a un hombre ya muerto u organizar un campeonato de boxeo en mitad del Rio Grande, en una isla, para rehuir la prohibición de la actividad en el Estado de Texas.

Un vecindario noctámbulo

Los senderos de tierra amarillenta se pierden en la aridez y llevan hasta la linde con México. El Parque Nacional del Big Bend ocupa más de tres mil resecos kilómetros cuadrados donde los cactus y los reptiles crecen a sus anchas. Conejos, pecarís y coyotes son los mamíferos más fáciles de contemplar, sobre todo de noche, cuando las temperaturas se suavizan y la vida animal revive. También hay pumas y osos negros. Pero lo más interesante del Big Bend no está solo dentro de los límites protegidos, sino también en el área colindante, en la región del mismo nombre, donde vive la fauna más curiosa: la que forman los pocos seres humanos que habitan este desierto.

Aquí tuvieron su hogar los apaches mescaleros y los comanches, antes de que llegaran los franciscanos españoles, los colonos, los cuatrerros, los mineros y, más recientemente, los *neohippies* y todos aquellos que huyen de la sociedad de consumo.

En las inmediaciones del Parque Nacional, se halla el distrito minero de Terlingua, con la ciudad del mismo nombre. Debe su celebridad a ser la



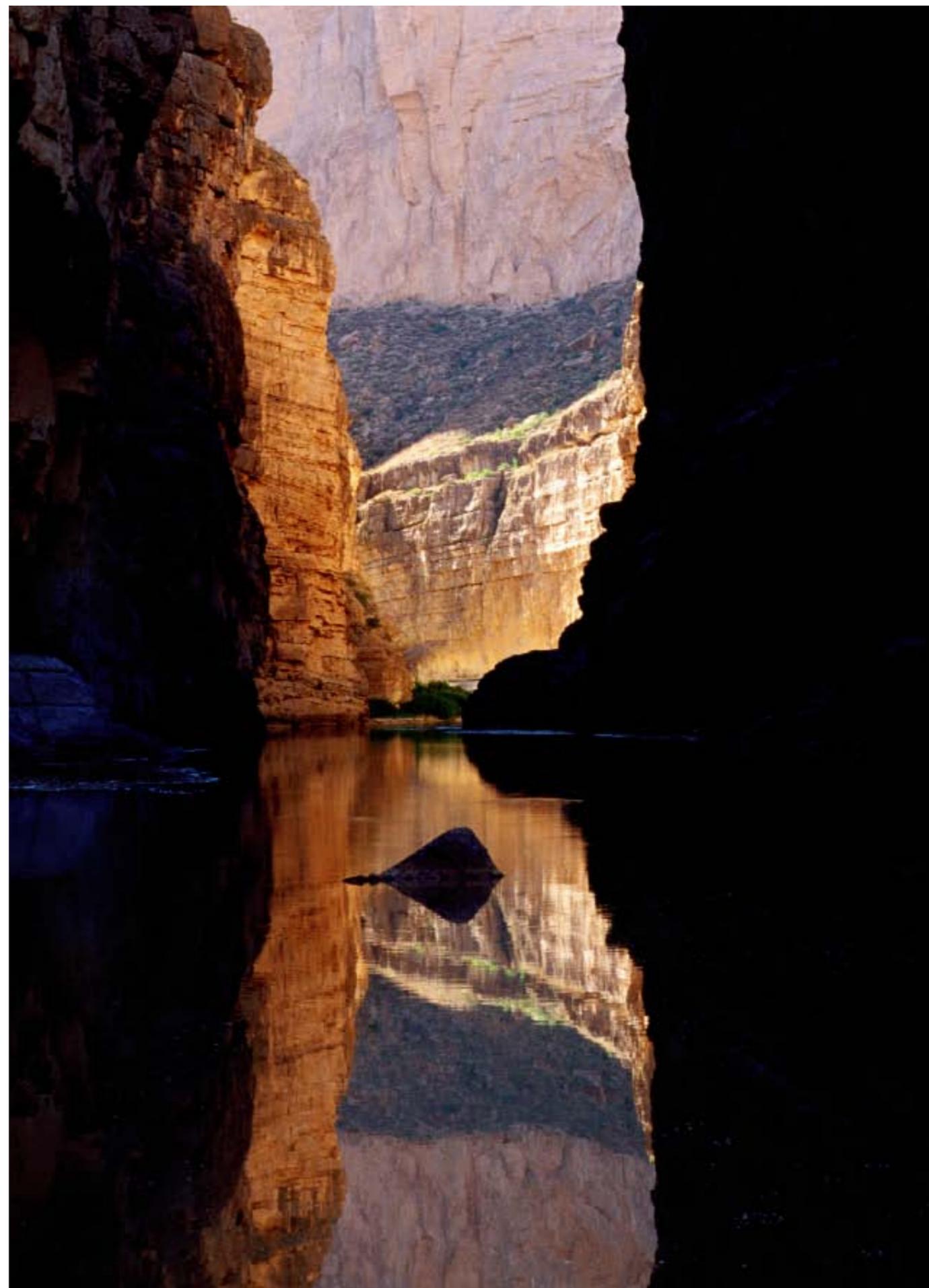
PAISAJES SUPERLATIVOS

A la derecha, el cañón de Santa Elena, una garganta tallada por el Rio Grande.

Arriba, un senderista en el Tuff Canyon, al que se accede desde la carretera panorámica Ross Maxwell.

minas de cinabrio de la orilla texana, hoy solamente un modesto “turismo de aventura” aporta algunos dólares a los habitantes del territorio, quienes los necesitan para comprar el agua que beben.

Las estribaciones de los montes Chisos se atisban como telón de fondo. Su cúspide es el pico Emory, que alcanza los 2.385 metros de altitud. El horizonte nuboso adopta un tono azulado. Para



FOTOGRAFÍAS © WITOLD SHERPCZAK / GETTY IMAGES

población estadounidense más alejada de una comisaría. Surgió a finales del siglo XIX, gracias a una efímera Fiebre del Cinabrio, el mineral del que se extrae el mercurio. Terlingua llegó a tener dos mil habitantes. Hoy está abandonada y se conoce como Ghost Town ('Ciudad Fantasma'). Es una paradójica atracción turística, con sus vacíos edificios de piedra. O no tan paradójica, ya que, de hecho, apenas hay vida urbana en el Big Bend. La gente vive dispersa, alejada entre sí.

De Lajitas a Presidio, únicas poblaciones dignas de ser consideradas como tales, la carretera discurre paralela al Río Grande. Es un trayecto memorable, una sucesión de curvas, secarrales y cañones digna de un *western*. La imaginación del cinéfilo se dispara en este territorio fronterizo. Con el ocaso ya declinante, las rocas se tornan del color del fuego, y el cielo se tiñe de rosas y naranjas. Además, hay un curioso efecto óptico: cuando el Sol se pone y el horizonte se enciende anaranjado a mi izquierda, el horizonte de mi derecha responde como un reflejo y se vuelve del mismo tono, aunque más pálido.

Allá te las compingas

Llego al local de la Legión Americana, la organización federal de exsoldados veteranos. Situada en la carretera 118, que lleva de Study Butte a Alpine, es un galpón en medio de un completo despoblado. Los presentes me miran con suspicacia. Esta aislada región nunca fue defendida por ningún Gobierno, ni español, ni mexicano ni estadounidense. Por eso, fue un refugio ideal para forajidos y para indios rebeldes. Y por eso, también, los pocos colonos tenían que organizarse en somatenes, capaces de castigar el robo de un caballo con la muerte del cuatrero. Cuanto menos se tiene, más sagrada se vuelve la propiedad privada. El cuerpo de los *rangers* no se creó hasta muy a finales del siglo XIX. Y aun así, el territorio es tan desmesuradamente grande, que la defensa propia resulta casi una obligación.

Siguiendo la carretera 118 hacia el norte, me alojo en el rancho Cowhead, un delirio de iconografía *cowboy* con toques de campamento cingaro. Chris, el dueño, llegó hace años en un coche viejo, con cuarenta dólares en el bolsillo, un divorcio a cuestas, y nada que perder. Aquí se quedó, para construir su reino de pionero del Lejano Oeste.

Me recibe en el pequeño *saloon* que ha construido con sus curtidas manos: hay una mesa de billar, varias pieles de serpiente de cascabel, una fotografía de Billy the Kid ('Billy el Niño'), y un revólver Colt del calibre 45 sobre la barra.

Por treinta dólares, tengo derecho a una cama, al uso de un retrete portátil y a una ducha caliente



VIDA EN EL PEDREGAL
Dentro del Parque Nacional Big Bend, se identificaron 65 especies de cactus, perfectamente adaptadas a la sequedad del medio.

en el baño comunitario. El desayuno consiste en panceta frita y bollos de maíz. No puedo imaginar un hospedaje mejor. En realidad, la zona del Big Bend ofrece alojamientos más confortables, incluidos algunos de auténtico lujo, pero es aquí, sin ninguna comodidad, donde uno siente la épica de los pioneros durante unos días. De noche, las estrellas se exhiben inmensas y nítidas en un cielo absolutamente negro, que amenaza caérsenos encima.

Los gallos me despiertan a las seis de la mañana. Sobre el horizonte, presencio un amanecer al rojo vivo. Hoy montaremos a Snow Flakes y a Domino, dos caballos bastante resabiados. La silla, el bocado y las bridas no tienen nada que ver con las que se usan en la aristocrática doma inglesa. La silla tiene un pomo para apoyarse, largas cintas de cuero para atar la impedimenta y un pequeño respaldo donde es posible recostarse cuando te quedas dormido. Los estribos van sueltos, para llevar las pier-

nas medio extendidas. El estilo local de monta, "a lo saco de patatas", tiene poco que ver con la elegante verticalidad británica. El jinete vaquero necesita montar durante días o incluso semanas, y debe cargar consigo todo lo que precisa.

Otra oportunidad es posible

Mientras recorremos un territorio árido y llano, Chris me explica su filosofía. Según él, los motoristas somos también *cowboys*, porque siempre queremos ir más allá, adonde no llegan los demás. Apenas necesitamos una cama, una ducha y una carretera. "Esta tierra es dura —continúa—. Hasta aquí solo llegaban los fugitivos y quienes querían recomenzar desde cero. Las autoridades los dejaban en paz. Yo también he encontrado aquí una nueva oportunidad", asegura secándose el sudor que asoma bajo su sombrero de ala ancha. Y remacha: "Hace años que no pruebo el alcohol".

Nos asomamos a la carretera 118. Los conductores escrutan al desconocido jinete con recelo. Domino trota ahora más ligero y alegre, sabe que regresamos al rancho. Una serpiente de cascabel cimbrea entre los matorrales. Una vieja furgoneta arroja una humareda negra. Los agentes de la Border Patrol —la temida *Migra*— detienen camiones en su búsqueda de inmigrantes ilegales. El desierto se proyecta infinito en un horizonte rojizo. Tipos con sombreros Stetson nos miran con curiosidad e indiferencia desde el local de la Legión Americana. Esta región del Big Bend no es la América profunda, pues está más allá: es, en realidad, otro planeta. ●●



MIQUEL SILVESTRE, escritor y viajero, ha completado una vuelta al mundo en moto llamada *Ruta Exploradores Olvidados*. Descubrió el Big Bend durante su travesía de Estados Unidos tras las huellas de los exploradores españoles. Autor de novelas y libros de viajes, dirige el blog www.miquelsilvestre.com.

© TIM FITZHARRIS / GETTY IMAGES